

vergüenza. Así con la restauración alfonsina, así con la guerra desgraciada del 98, así con el fracaso de la Unión Republicana en 1903. El ideario de Costa representa en España el mayor esfuerzo por sacar a su patria del marasmo político, a que las circunstancias y los hombres la condujeron.

Sus aforismos:

«Hay que echarle doble vuelta de llave al sepulcro del Cid», «El problema de España, consiste en escuela y despena»,

son cauterios que de haberse aplicado oportunamente más de un desastre hubieran evitado. Su influencia ha sido considerable, y la mayor ironía que pudo jugarle el destino, podríamos decir, el postrer fracaso de este eterno fracasado, fué que su nombre, de republicano convencido, sirviera de estandarte en más de una proclama, como base, según Primo de Rivera, a la dictadura española, inculta e inmoral.

Ciges Aparicio ha querido encerrar la figura y la obra de Costa en el libro que comentamos, y ha quedado demasiado corto en su propósito. El libro, escrito detestablemente, da la impresión de una obra de encargo, hecha a la ligera y sin atribuirle mayor importancia. El autor, que hace veinte años compuso más de una novela estimable, fué director de diversos diarios de Zaragoza, en los años de mayor actividad costista, y lo conoció y conoce su influencia; pero la rapidez de que adolece la obra, su absoluta carencia de un plan orgánico,

y más que todo, la forma de mala crónica periodística en que está escrito, la hacen de lectura aburrida y dificultosa. Como dijimos, el tema del libro lo salva, pero en modo alguno la forma. Compuesto en épocas diversas, según parece, o más bien, al margen de los trabajos de periodista del autor, éste no se ha detenido a hacer una obra de arte ni siquiera tampoco de política. Que aunque Costa no fué nunca un artista, su personalidad merece que un artista se ocupe de ella.

No ha variado en absoluto Ciges Aparicio el tono del libro, del tono de polémica de diversos artículos de *El Liberal* de Madrid, que tenemos a la vista, en que comenta los aforismos de Costa, a que nos hemos referido, y que según nos informa Aníbal Bascuñán V., que nos los ha facilitado y residente en Madrid a la época de su publicación (Septiembre de 1929), produjeron gran revuelo en la opinión española, ya bastante soliviantada contra la dictadura opresora de Primo de Rivera. Puede decirse que estos artículos de Ciges Aparicio a que nos referimos son la única victoria de Costa, conseguida diez y ocho años después de su muerte. —*Abel Valdés A.*

NOVELA

SANGRE EN EL TRÓPICO, por *Hernán Robleto*.

Poco frecuente es en la literatura hispanoamericana la revelación

brusca y sorpresiva de un recio novelista. Por lo general, a un libro ruidoso, a un éxito unánime, lo preceden años de previa labor y de ensayos más o menos lisonjeros. Así hemos visto que el *Don Segundo Sombra* de Güiraldes es la consecuencia de una *Xaimaca* y de múltiples novelículas pamperas. José Eustasio Rivera, antes de *La Vorágine*, escribió un admirable libro en que interpreta poéticamente las selvas tropicales: *Tierra de Promisión*. El propio Mariano Azuela, afortunado novelador de la revolución mejicana, había escrito otros relatos con antelación a su logrado libro *Los de Abajo*.

Acudimos, otra vez, a tan manoseada trilogía para realzar el excepcional acontecimiento que representa en la producción novelesca de Hispano-América el nuevo nombre de Hernán Robleto.

Hasta hace pocos días nadie conocía, entre nosotros, a este escritor. Su apellido era un misterio y no se podía pensar que las novelas típicas de América se enriquecerían con un ejemplar tan vigoroso y realista como *Sangre en el Trópico* (1).

De Robleto tenemos escasas referencias. Sábese que fué subsecretario de Instrucción Pública en el gabinete del Presidente liberal Juan Bautista Sacasa, derrocado violentamente en Nicaragua por los conservadores con el apoyo de los Estados Unidos. *Sangre en el Trópico* pinta la intervención yanqui en Nicaragua. Tiene, pues, el valor de

un documento humano inapreciable sobre tópicos de viva resonancia continental. Contiene, además, el testimonio descriptivo de un hombre que ha vivido con intensidad la existencia fascinadora del trópico y que penetró en los misterios de sus ríos, mares y selvas. Robleto luchó contra los facciosos conservadores y tuvo ocasión de batallar con los fusileros de marina que envía Wall Street para el afianzamiento de su dominio financiero en la zona centroamericana. Los fusileros son el mejor apoyo de las compañías bananeras y del ambicioso proyecto de un nuevo canal interoceánico en Nicaragua. Robleto, más tarde, se ha dedicado el periodismo, en Méjico, y nada hacía pensar en que fuera el cronista de una guerra civil donde se jugaba el destino de su patria.

Sangre en el trópico se divide en dos porciones igualmente dramáticas. La primera relata la expedición de un barco mejicano que conduce a Nicaragua un puñado de voluntarios liberales, junto con armas y municiones. Las escenas de Puerto Méjico y los azares de *La Carmelita*—así se llama el barco expedicionario—a través del Golfo de Méjico y del Caribe, son realmente emocionantes. Robleto, sin llegar al pleno estilo artístico, consigue dar efectos hondos con su honrado verismo. Todas las páginas de esta primera parte, logran interesar y se hallan enriquecidas con detalles típicos del habla y de la vida en Méjico y Nicaragua.

La segunda parte, donde comien-

(1) Edit. Cenit. Madrid, 1930.

Los libros

za el verdadero drama, es el arribo de los expedicionarios, aprovechándose de un armisticio, a Nicaragua. Muy densas estas aventuras donde late la tragedia de un pueblo oprimido y expoliado por quince años de oligarquía ávida, que sostienen los yanquis.

La Carmelita, cual un barco fantasma, burla el bloqueo de los yanquis y de las autoridades hondureñas, que bajo cuerda simpatizan con los explotadores de Nicaragua.

La vida y el drama del trópico alientan en este relato. Por un lado, están viejos políticos pertenecientes a un grupo de familias pseudo patricias (Díaz, Chamorro, etc.), cuyo dominio se asienta en la explotación sistemática de la tierra. Este grupo de conservadores tiene en contra a la masa de la opinión, pero cuenta con el apoyo financiero yanqui. Ya en 1912, Diego Manuel Chamorro, Ministro de Relaciones Exteriores de Nicaragua, solicitaba ayuda de los Estados Unidos, diciendo que su gobierno era «impotente para debelar esta rebelión». Periódicamente el pueblo, adicto a los liberales, se levantaba en armas; pero los yanquis, arteramente, metían cuñas, que en su lenguaje diplomático llaman «zonas neutrales» en los sitios donde triunfaba la rebelión libertadora. En estas zonas neutrales, que por lo general comprenden pueblos y sitios de abastecimiento, se impedía el acceso de los liberales con el pretexto de que peligraban las vidas e intereses de los ciudadanos yanquis.

Con mucha dramaticidad, Robleto pinta esta lucha entre un pue-

blo dominado y sus tenaces explotadores. Asistimos así al espectáculo de la salida de los liberales de su cuartel general en Río Grande y al triunfo que tienen en Laguna de Perlas, donde estaba la base de los conservadores. Robleto es un excelente narrador de escenas guerreras. El asalto y toma del cuartel conservador constituye uno de los aciertos más efectivos del libro, nutrido de interés en todas sus doscientas setenta y ocho páginas.

Impresiona, por sobre todo, una página barbussiana en que se relata la quema de los cadáveres amontonados después del combate en grandes piras. Por ejemplo estas líneas:

Se sucedían escenas dantescas. El calor suscitaba contracciones en los cuerpos. La pira era una sola contorsión horrorosa, de pesadilla. Los muertos se movían, adquirían posiciones de espanto, parecían querer huir del tormento. Porque tendían los brazos, se estiraban, se mezclaban más en la red de los miembros diversos, como buscando acogida en el fondo de aquellas raíces contraídas. Había unos que se sentaban un instante, envueltos en las bufandas de las llamas voraces, para caer de nuevo. Muchos daban tumbos completos, saltos mortales, machincuepas ridículas.

Después abundan las calofriantes escenas de la selva, con su vida misteriosa, que desparrama la noche, con sus enemigos secretos, hormigas gigantes, insectos venenosos, reptiles traidores, cocuyos descomunales y pantanos pestilentes. El fusilero de marina vacila ante este cúmulo de enemigos; pero, sobre todo, ante el peligro abscondito de

un adversario implacable. Cuando se aleja de las zonas neutrales, donde abundan los recursos, lo acecha la muerte en encrucijadas de sombra y arteros disparos surgidos de los arbustos. Unos cuantos seres famélicos, comidos de paludismo, con los ojos surcados de fiebre, bastan para detener a los robustos y bien conocidos *marines*.

Un hórrido cortejo sigue a liberales, a conservadores y a todo el mundo en Nicaragua. Son los zopilotes, que se aprestan a festines opíparos con los restos humanos y desperdicios de los ejércitos.

El trópico ha revelado parte de su secreto en las novelas de Rómulo Gallegos y de José Eustasio Rivera. El libro de Robleto nos sugiere todavía más. Es la novela palpitante de una raza que lucha contra dos enemigos: el interno (cacique, explotador, oligarca) y el externo compuesto de banqueros, políticos ávidos y ocupantes militares.

Sangre en el Trópico sostiene su interés hasta el final. Existe ahí un defecto, propio de un escritor que por primera vez ensaya tan difícil género: la introducción de un episodio sentimental. Un fusilero de marina, Clifford D. Williams, que se exhibe muy bruto en sus actuaciones resuelve reparar una violación perpetrada en una criolla. Se casa con ella y deshace el entuerto. Esto parece absurdo y no corresponde a su psicología anterior, de ser instintivo y primario. Realzamos este defecto, que es el único grave que hay en toda la relación. Admirable la sensación del Mar Caribe, muy felices las pinturas de

costumbres y de combates. Pero, por sobre todo, las páginas consagradas a la selva, que es el gran personaje de este libro, donde los caracteres más recios se diluyen un poco ante el terrible drama colectivo. Es la gran tragedia americana que revela algo de su multiforme gangrena: el político explotador, el criollo ávido, el militarote afortunado que se agazapa entre palabras huecas de redención. Y, por debajo, de éstos, el astuto banquero yanqui, el empresario colonial de las bananas y de la United Fruit Company, señoreándose en las Antillas y conduciendo los áureos plátanos para Nueva York.

Robleto ha escrito con calor de humanidad y vibrante patriotismo. De ahí el secreto emocional del primer libro suyo. Basta, sin embargo, para colocarlo entre los buenos escritores de Hispano-América. Como dice él: «Este no es un libro de odio, a pesar de que hay muchos motivos para odiar». Lo entona tal resolución: el deseo de que estas desgraciadas tierras, merecedoras de próspero porvenir, no sigan esclavizadas por sus propios políticos, por sus desleales hijos. El enemigo más grande de América es el mal americano. Verdad que se extiende, desnuda y dolorosa, desde Chuquicamata hasta el Caribe, y que hemos visto crucificada sobre el triste destino de los nativos.—*Ricardo A. Latham*.

DAVID GOLDER, por *Irene Nemirovsky*.

David Golder, judío, después de haber vivido una agitada y sombría